



CONOCI a los últimos matones que colaboraron en Santiago como el diablo hasta el término de los años sesenta, esto es, sobre los inicios de 1966. Eran peligrosos. Queda por ver cuánto rodean los guelagos deliriosos de poetas novecentistas, con ómnibus chombarugos y fiambreros carritos, rescatando en el día tres coladeras como extraviadas desaparecidas totalmente vestidas de incendios. Le senta las cadenas al agua en los aceros, no pagaban en los bares, y en los Almacenes y los cobreros los bollos se defendían un instante cuando ellos llegaban a la bula, enviando su consentimiento para seguir con la colagada. Entonces cada barrio disponía de su matón particular, diferenciando al matón de San Pedro con el matón de Recoleta, al matón de Independencia o al matón de Las Hormas y los otros matones de la larga nómina, los de San Diego, el centro y la Estación Central, que Santiago no debe para más en esos días. Me parece que la era del matón finalizó con el matón Valdivieso. Enrique Valdivieso Macías, un calero por oficio, de dos metros, al que no molestaba la policía y buscaban silenciosamente los policías para la feria electoral de turno. Los matones, curiosamente, comenzaron a desaparecer a medida que los chilenos aprendían a leer. Su arte lo ignoraban los matones más o menos por correo. Estaban, pues, condenados a extinguirse de modo o muerte natural, cosa distinta que para su caso dio la misma.

El Pache Ibáñez

Uno de los más populares que barriaron con los matones fue el Pache Ibáñez, de mucha larga historia en otra historia. Era un Ibáñez Wilson, ex alumno de San Pedro Nolasco, muy simpático, muy buenazo, sobradamente corolado, descendiente directo de Adolfo Ibáñez, el famoso Canciller de antes, cuya imagen sigue proyectando celos. En el Pache había algo de la fina porra inextinguible de su antepasado geopolítico. La eficacia temperada de sus puños, sin embargo, le jugó una dolosa travesura, de otro lado, como en la traza, determinando que aquel que perseguía y desplazaba a los matones pasase a ocupar su puesto. Fue el riesgo que el Pache corrió sin remordimientos, ya ganado por la noche, sus mujeres que amanece desahogado y todo el extraño mundo clandestino que transita por la oscura, solapada de querubines y de escándalos que presocesan a los policías y a los jueces.

En ese ámbito de nuestra sacroscritia tuvo su dominio el Pache Ibáñez. Le disfrutó como si fuese un rey, sin perder su pilar en lo más mínimo. Le meramente delictual lo más conformó al Pache, como lo hizo con quien, con menos clase, resultó más tarde su heredero de plebano: el Cobre Eusebio Serradillo, más orientado hacia el delito, convertido en un negocio de mucha go-

Cuando a Neruda lo enfrentó un matón poeta

El extraño sucedido le ocurrió

con el airadamente famoso Pache Ibáñez,

en el nocturno boliche de la Nata Inés,

en la calle Eyzaguirre.

nte y vuelo, con urgencia de boliches y bufalados. Pero el Pache Ibáñez representaba otro caso y siempre fue distinto.

La Nata Inés

Había entonces en Santiago un boliche preferido para escalar la madrugada con casifosas cenas de amonición. Era el que la Nata Inés —que se decía una irremediable, y de las buenas—, había abierto en la pechera calle Eyzaguirre, entre San Diego y Gálvez. Allí ofrecían unas inimitables copas de ave, con media gallina en los platos que parecían lavatorios, donde se paraban los cucheros en la estundia, mientras la Nata volaba de mesa en mesa saltando la mesa solenne y la oculta sechupa, como una frágil alacena y comestible, diciéndole a cada cual su helado, sin olvidarse de los areitos, dedicados a sí misma. "Mujer con boca de el amor sobrasa", aseguraba la Nata cada vez que se hacía la sombra de humo que le crecía sobre el todo hambriento como una pelusa casi varent.

El azar del poeta

Y allí estaba el Pache Ibáñez, escuchando a la Nata Inés proclamar sus excelencias artísticas, y haciéndose el loco ante la mucha tentación con que la invitaban, cuando un extraño personaje apareció de pronto en el boliche. Era el poeta Pablo Neruda, el Neruda de su pri-

mera época santiagoña, el de la calle Maruri y los "Veinte poemas de amor", flaco, ojeraso, chombarugos y con cosa. Vagó escudado por Diego Muñoz o Tomás López, o tal vez por ambos, no lo recuerdo bien, porque así la memoria se me curre y se hacen interesantes los recuerdos. Solo tengo presente la violenta visión que se produjo de inmediato. El Pache Ibáñez se abalanzó sobre el poeta y éste escapó hacia los interiores de la casa, con los vuelos rotundos de su caso como los alas de un gran murciélago. Allí llegaron —y llegaron, porque todos somos delirios—, al castifugamente dormitorio de la Nata, la pieza final, sin posible escape, en una de cuyos muros se recostó Neruda, encorvado al Pache, ya resignado a la tremenda.

—Ya, matón —le urgió el poeta—. ¡Qué le que quieras! Págame nómina.

—No, don Pablo —respondió el Pache Ibáñez—. ¿Cómo se le ocurren esas cosas? Lo que pasó es que yo también soy poeta y quisiera que usted escuchara algunos de mis versos.

Entonces se rieron todos, con Neruda a la vanguardia de la risa. Era cierto. El Pache se estableció como un donoso poeta repentista. Lo escuchamos con oído, saboreando los consejos que nunca nos parecían tan mejores.

• Por Raúl Morales Álvarez



Cuando a Neruda lo enfrentó un matón poeta [artículo] Raúl Morales Alvarez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Morales Álvarez, Raúl, 1912-1994

FECHA DE PUBLICACIÓN

1983

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuando a Neruda lo enfrentó un matón poeta [artículo] Raúl Morales Alvarez.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile